

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

La honra de una nación



Arturo Pérez Revorte, al hablar por boca de su personaje El Capitán Alatríste, nos dice que nunca nos debemos preguntar si nuestra nación tiene honra, porque, añade, la honra de una nación no es más que la suma de las pequeñas honras de sus habitantes. Me bastó con enterarme de las cuantiosas sumas que en estos días han barajado, so pretexto del aguinaldo, los senadores, los diputados, los gobernadores y, en general, la gente de esa calaña, para recordar al Capitán Alatríste. Así las cosas, me parece indignante el hecho de que ninguno, salvo honrosas excepciones en el PRD, de estos inútiles haya alzado la voz para decir que esos premios y esos aguinaldos no están bien, no son justos y resultan inaceptables en un país tan pobre como el nuestro que, por si faltara, comienza a ser golpeado por la recesión.

Es un sencillo asunto de moral personal y de ética pública; me da la impresión de que a la hora de asignarse sus aguinaldazos lo que pretenden estos vividores es calificar su desempeño que para ellos ha sido extraordinario, aunque la mayoría de la gente no lo considere así. Pienso, por ejemplo, en Moreira que está seguro que con decir tres estupideces en torno a la pena de muerte, ya justificó la tarea de este año y merece con toda justicia un aguinaldo a la altura de su grandeza política. En la misma línea está el Gobernador de Querétaro y otros muchos badulaques más. Es tal su grandeza, según ellos, que esa miserable compensación que recibirán a fin de año está muy lejos de premiar tanto desvelo y tantos afanes de estos hombres luminosos como Mario Marín a quien menciono porque me parece el más claro ejemplo de un pillo metido a la política.

¿De dónde proviene el aguinaldo? La respuesta no es difícil: en última instancia proviene de nuestros bolsillos. Para que luego se espante Carstens de tanta evasión impositiva como hay en México. No entiende que para muchos cada vez es más pesado pagar impuestos que van a dar a las nada limpias manos de senadores y diputados. E insisto: en este alegre reparto, los políticos, tan lindos ellos, se olvidan de sus diferencias de partido, de ideología y de todo. Lo que urge es que caiga el aguinaldo porque ya saben hasta en qué se lo van a gastar. No tienen vergüenza ellos, pero tampoco la tenemos nosotros que silenciosos y con aire bovino contemplamos cómo se nos despoja de nuestro dinero. Unos y otros somos culpables del mismo delito consistente en deteriorar la honra de nuestro país.

Lo que yo más quisiera era que mi país fuese honrado; que no fuésemos mentirosos, malhechos, cobardes y rateros, pero si en este país a los rateros de alto nivel ya les toca hasta aguinaldo, entonces ya no se sabe ni en qué país se vive. Vaya usted, señor funcionario, a

cobrar todo su dinero, maniobre para que los impuestos sean mínimos y no se preocupe que nadie le dirá nada, aquí entre nosotros la línea que separa la honradez de la desvergüenza está a punto de borrarse totalmente. Y sin embargo, la honra de México dista de agotarse. Todavía quedamos millones de personas decentes que no queremos ser confundidos con Gamboa, o con Marín, o con algún otro parásito similar. La única manera que yo conozco de pintar nuestra raya es la de oponerse pública y tajantemente a éste y a tantos otros robos maquinados desde el poder.

Por esto, por todo esto, señores funcionarios es que han perdido toda respetabilidad. Yo debería respetarlos, pero al verlos en su patética condición de raterillos de cuello blanco, les pierdo todo respeto y me enfurezco al ver de qué modo están deteriorando la honra de mi país. Lo único verdaderamente feo de México son ustedes.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MCDXLIX (1449)

ARTURO MONTIEL es un perfecto ejemplo de la vida sin honra.

Cualquier correspondencia con esta columna ansiosa de honra, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R)

